

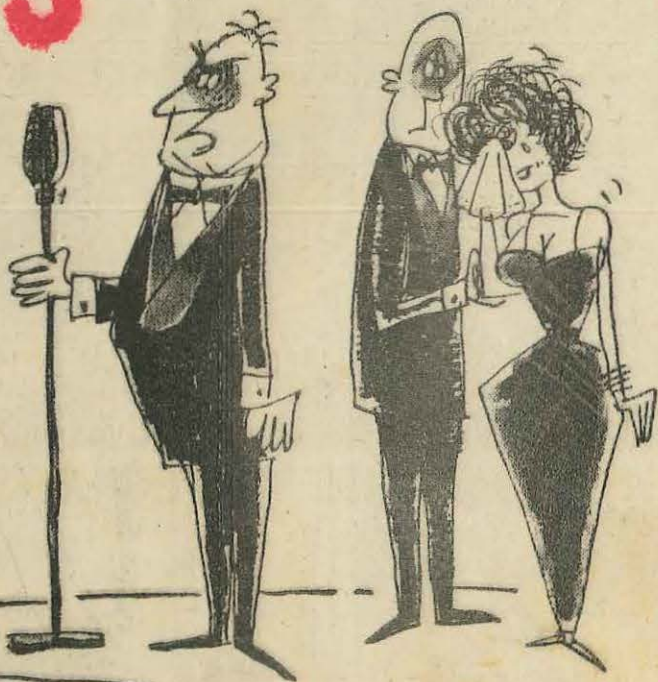
URUGUAY, UN PAIS A TRAN- SISTORES



Antes, para el uruguayo, todo se cifraba en tener una lapicera Parker. Después, la moda nos obligó a todos a tener un pilot de plástico. Ahora resulta que si no andamos con la oreja pegada a una cajita que emite débiles rugidos, se llama radio a transistores y cuesta más que un traje de medida; no somos dignos de nuestros mayores (los de la lapicera Parker y el pilot de plástico). Ahora, todos andamos con la radio.

SILENCIO

EN EL AIRE



—Se ruega al saboteador que trajo a la fonoplatea una radio portátil, que se retire inmediatamente.



—¿Y no va a la penca, ño Rudesindo?
—No, m'hijo. Ando medio culeco, y vi'a escuchar la trasmisión, no más.



—¡Vieja! ¿Querés comprar una radio japonesa a transistores?

SABADO DE NOCHE

Sí, yo también salía los sábados de noche a comer con mi esposa en el Centro. Sí, yo también invertía \$ 326.80 —más el 40 % reglamentario— en dos ridículos churrascos mechados con un material rojizo y repugnante y nadando en una extraña salsa violeta, que eran servidos en platos de porcelana de Sajonia a una mesa atendida por cuatro mozos de smoking blanco, un maitre de frac negro (con ligera y sentadora caspa en las hombreras y dos *sommeillers* de cadena dorada al cuello, y cuyo costo de origen (el de los churrascos) calculé una vez en \$ 1.74. Sí, yo también creía que la expedición semanal a establecimientos con arañas de cairelos y música embutida era el signo definitivo de haber llegado a una posición en la vida, pese a que el prepararse para esa ceremonia votiva de mi acceso a la alta burguesía me había costado en el último año la suma de \$ 151.090, así distribuida:

1 traje de medida, color ambiguo	\$ 900
1 corbata italiana	" 120
1 sombrero increíble pero real	" 270
1 sobretodo de pelo de camello	" 1.550
1 tapado de pelo y cuero de nutria, para ella	" 3.000
1 Sacón de pelo y cuero, id.	" 2.500
4 pares de zapatos, id.	" 850
4 carteras id.	" 1.000
4 vestidos id.	" 900
1 automóvil para estacionar	" 70.000
1 cuenta de honorarios de psiquiatra debido a trastornos nerviosos por no encontrar dónde estacionar	" 70.000

Por supuesto mi profesión de cobrador de la UTE no alcanzaba para cubrir este presupuesto, pero el futuro me inquietaba un poco. Mis problemas aumentaron cuando entré en la segunda etapa del sistema: la de buscar sitios modestos, originales, de difícil acceso aún a pie y dotados de una maravillosa cocina, en vez de ir a los restaurantes también carísimos pero simplemente cómodos y bien iluminados. Llevado por mi ciego afán de subir en la escala social, no titubeé en aceptar los más tortuosos informes sobre tales sitios, porque las escasas pero férreas reglas de este juego infernal estipulan:

- 1) Será mejor considerado aquél que, un sábado de noche, en vez de ir a cenar al Aguila, lo haga en una cantina del barrio Jacinto Vera, donde sirve la concubina del patrón y donde los bifés al tomate se guisan con verdadero aceite de oliva;
- 2) Será unánimemente admirado por los demás matrimonios amigos aquél que haya descubierto primero tal cantina.
- 3) Será aclamado como omnipotente, y su esposa sufrirá eternamente la secreta envidia de las demás esposas, aquél que, un sábado de noche, pueda guiar la caravana de automóviles de todos los matrimonios amigos hacia tal cantina, no equivocándose de barrio más de tres veces.

4) Será endiosado aquél que pueda pasar el dato a los demás matrimonios amigos, de más de una cantina en tales condiciones.

Empeñado en esa loca carrera hacia la destrucción y la infelicidad hogareña, no tardé en encontrarme totalmente sumergido en tal satánica conducta. Durante toda la semana, dejando la cobranza en manos de mi organización personal de subordinados, permanecía encerrado en mi estudio, consultando febrilmente guías de turismo, listas de inmigración de matrimonios napolitanos recién llegados con intenciones de poner cantina, informes secretos de la Policía sobre lugares sospechosos, y datos proporcionados por otros amigos también enfrascados en aquella gigantesca lucha por sobresalir socialmente merced al mágico descubrimiento de unos tallarines al pesto con el ajo a punto. Hasta que un día, recibí un llamado telefónico.

—Hola —dije con un temblorcillo en la voz, presintiendo algo tremendo.

—¿Soconusco? —preguntó una voz cascada. Era un viejo (de ahí la voz cascada) amigo de la infancia, eternamente agradecido por un favor que le hice en cierta oportunidad. (Simplemente, le había prevenido que no votara a Benito Nardone, porque a lo mejor ganaba.)

—Sí, el mismo —respondí.

—Soconusco: tengo un dato para ti, amigo mío. —Dilo.

—¡Hay una cantina!

Caí en mi sillón, transpirando copiosamente. Rápidamente, me inyecté dos centigramos de coramina y recogí el tubo:

—¿Dónde, por amor de Dios?

—En Punta de Rieles.

—¡Por la Virgen Santísima, Anasvindo! —aullé en el microteléfono—. ¡La dirección, miserable, la dirección exacta!...

—No sé bien si Oficial 35, número 2, u Oficial 2 número 35. Pero no puedes equivocarte. Es una miserable casucha, alumbrada a candelas de carburo, que a media cuadra exhala un delicioso olor a hongos.

—Anasvindo —dije fríamente, ya repuesto—. Por la sagrada tumba de tu madre: tú me aseguras que...

—Te lo juro sobre la cabeza de mis dos bastardos, Soconusco: eres el primero en saberlo.

Colgué el tubo y me derrumbé de rodillas, sollozando como un niño. Había llegado. Ya era un *connoisseur*.

Esperé ansiosamente la llegada de ese sábado. Por la mañana, en la rueda habitual de whiskies con vodka de la Rotisería del León, dejé llegar la cuarta vuelta, para lanzar la bomba. Cuando lo dije, Rufo Dupont, Epaminondas Travesti y Julio Edgardo Estellano, mis amigos de salidas al Centro con esposas, palidieron de envidia. Rufo sufrió una pequeña lipotimia, pero la disimuló aga-

chándose a atarse un mocasín. (Sin recordar que los mocasines no tienen cordones.) Finalmente, arreglamos todo para esa noche a las 22, después del cine. Yo guiaría la caravana.

No fue difícil llegar a Punta de Rieles, ni encontrar la casucha. El olor se percibía a varias cuadras, no tan delicioso como había afirmado Anasvindo, pero en verdad, mi amigo no había especificado. Dejamos los cuatro automóviles estacionados en un potrero contiguo, y atravesando un pajonal, entramos en el modestísimo establecimiento. Un candil humeante iluminaba una pequeña habitación con una mesa, una vetusta cocina económica en un ángulo y una cama de matrimonio al fondo, medio disimulada tras un tabique de duelas de barrica y ejemplares atrasados del Suplemento Familiar de El Día. Un hombre en camiseta y calcetines, de grandes bigotes, nos hizo pasar, sin pronunciar una palabra. Junto a la cocina, una señora picada de viruelas, a la que le faltaba un brazo, revolvió con el miembro superior restante una cacerola colocada al fuego, de la que se desprendía un aroma formidable. Guifé el ojo a mis amigos, que ya estaban ubicándose a la mesa, utilizando diversos cajones desperdigados en el piso de tierra de aquel cuchitril infame. El dueño de casa quiso hablar, pero lo interrumpí con un gesto imperativo, al tiempo que arrojaba un flamante fajo de billetes de diez pesos sobre la cuna —construida con medio tambor de petróleo— donde dormían cuatro niños:

—¡Queremos comer! —grité al oído de aquel modesto individuo—. ¡Pagamos lo que sea, pero queremos comer bien!

—Como usted diga, señor —musitó el patrón, mientras excavaba con las uñas un profundo pozo en el piso y enterraba los billetes.

Minutos más tarde, la señora monómana disponía sobre la pequeña mesa un mantel laboriosamente recortado de Suplementos Escolares de El País, colocaba ante nosotros platos de diversa factura y procedencia. Luego trasladó a la mesa la cacerola, y con un cucharón de lata nos sirvió una mixtura negrusca y de indefinible esencia, que olía como los ángeles. Suspiré con satisfacción, mirando de reojo a mis compañeros:

—¡Ahora verán lo que es comer, pedazo de náufragos! —dije, permitiéndome por una vez el vulgarismo.

La primera en caer fue mi esposa, que desde entonces nunca volvió a ser la misma. Se fue deslizando bajo la mesa, hasta que quedó boca abajo, exhalando una espuma violácea por las comisuras. Después sucumbieron Rufo y su señora. Los siguieron los demás; Epaminondas mostraba un síndrome de convulsiones epileptoides, hasta que un infarto terminó con él. Yo había quedado con la cuchara a medio camino de la boca, y fui el único sobreviviente.

Más tarde, mientras las sirenas de las cuatro ambulancias se perdían ululando en las cuchillas, y yo, sentado en el suelo, sollozaba sordamente, pregunté al dueño de casa:

—¡Pero, hombre! ¡Pero, hombre! ¿Qué clase de cantina es ésta?

Como en un sueño, oí la respuesta de aquel canalla:

—¿Cantina? ¿Qué cantina? Esta es la casilla que me he hecho rompiéndome el lomo como obrero de Funsá durante dieciséis años. Usted no me dejó hablar y se puso a gritar que quería comer, y ahí tiene.

